

y por parte de los franceses, pues la artillería de estos ha sido siempre la primera de Europa y el cuerpo de artilleros ha mostrado en estos últimos tiempos gran lealtad. Nuestras tropas, colocadas detrás de nuestras baterías y expuestas durante doce horas al fuego enemigo, conservaron una actitud incombustible; el más valiente de todo el ejército era el rey: expuesto siempre al fuego más vivo, animaba con su impasibilidad y con su ejemplo a las tropas: todos querían la batalla. El regimiento de Kleist inclinó un poco las cabezas para dejar que las balas pasaran sobre sus filas.—¡Uf! exclamó el rey, ¡avergonzáos!—y se puso en medio de ellos, siempre entre bombas y balas (1).»

Los prusianos dieron verdaderamente pruebas de gran valor: los granaderos, que sin moverse de su sitio tuvieron delante de sí durante muchas horas la muerte y que se veían diezmados por un enemigo inaccesible, fueron héroes de una disciplina que no encontraríamos en ningún otro ejército. Una orden superior que hizo que aquellos héroes se prepararan al asalto y que luego en vez de permitirles darlo les expuso en campo abierto al fuego enemigo, puso al ejército, sean cuales fueren los motivos en que la orden se fundara, en una disposición que no hubiera podido ser peor si hubiera nacido de una terrible derrota en lucha noble.

Goethe, que se encontraba allí y que había aprovechado el cañoneo para experimentar por sí mismo lo que era «la fiebre del cañón», dice (2): «Así había pasado el día: los franceses no se movían y nuestros soldados fueron retirados del fuego, como si nada hubiera sucedido. La consternación entró en nuestras filas. Desde la mañana no se pensaba en otra cosa más que en acuchillar y derrotar a los franceses, y a mí mismo me halagaba tomar parte en la expedición, dada la confianza que tenía en el ejército y en el duque de Brunswick. Pero después, todos estaban taciturnos: nadie fijaba en otros su vista, y si lo hacía era para blasfemar o para maldecir. Cuando se hizo de noche, nos encontramos por casualidad formando un grupo, en cuyo centro no se había encendido una hoguera como era costumbre: los más de los circunstantes callaban, algunos hablaban, pero nadie se encontraba en situación de reflexionar. Por fin me preguntaron qué pensaba de todo ello,—porque algunas veces había alegrado a las tropas con cortas sentencias,—a lo cual contesté: «En este día y en este lugar nace una nueva época de la historia del mundo, y bien podéis decir que habéis presenciado su nacimiento.»

Mortal era el golpe que se había inferido al sentimiento de independencia y al espíritu guerrero del valiente ejército prusiano no dejándole luchar en aquella jornada. La conducta del general en jefe, sin embargo, no nos parece tan inexplicable como pareció a los contemporáneos. El rey había ordenado la marcha de ataque; pero el duque, que nunca había querido una batalla, mandó hacer alto, pues vio que en caso de vencer, el rey avanzaría sin detenerse hacia París corriendo de esta suerte a su perdición, cosa que debía evitarse a todo trance (3). Además de esto, la victoria le parecía muy problemática. Dos días después decía al mayor Massenbach, al encontrarse con él en las alturas de La Luna: «¿Conoceis las alturas de Johannisberg, junto a Naumheim, no lejos de Friedberg? Allí tuve una seria acción con el príncipe de Condé: yo ignoraba lo que había detrás de aquellas alturas y fui derrotado. Las alturas de Valmy tienen gran semejanza con las de Johannisberg: tampoco sabía yo lo que había detrás de ellas. Cuando se ha tenido desgracia en la guerra se vuelve uno prudente, y yo he sido muy desgracia-

(1) Revista alemana, VIII, págs. 1-317.

(2) Campaña en Francia, 1792.

(3) Massenbach: *Mém.*, I, págs. 100-101.

do, señor mayor (4).» El ejército francés reunido contaba 53,000 hombres (5) y el de que disponía el duque en 20 de setiembre, antes de que se unieran a él los austriacos de Elerfayt, ascendía apenas a 30,000. Federico el Grande no solía mirar estas diferencias, pero el duque no era un general de la talla de Federico.

Esto sentado, se comprenderá que el duque se apresurara a aceptar las negociaciones que le propuso Dumouriez el día 21 de setiembre, con motivo del canje de prisioneros (6), para llegar luego a un armisticio y en definitiva, si era posible, a una paz especial con Prusia, en virtud de la cual la Prusia se separase de la alianza ofensiva con Austria. Dumouriez consiguió, efectivamente, el armisticio, del cual se aprovechó con buen éxito para robustecer de tal manera su ejército que no tuvo ya de temer ataque alguno de los prusianos, tanto menos cuanto que estos padecían indeciblemente a causa del hambre y de las enfermedades. En cambio no pudo pensarse en una paz especial con Prusia, sobre todo desde que se hubo proclamado la república en París. De este fracaso compensó a Dumouriez la retirada de los prusianos de la Champaña, que se verificó en los días 29 y 30 de setiembre por Verdun. No lejos de esta ciudad escribía Lombard en 8 de octubre: «La campaña ha fracasado; los franceses han quedado vencedores; una parte de nuestras mejores tropas ha sucumbido y se han perdido todas nuestras conquistas (7).»

#### CAPITULO VI

##### LOS ASESINATOS DE SETIEMBRE Y LOS COMIENZOS DE LA REPÚBLICA

El día 10 de agosto de 1792, al derribar la monarquía, había acabado con todo gobierno que en Francia pudiera tener visos de constitucionales, pues la asamblea de comisarios de sección que, presidida por Huguenin, había dirigido desde las Casas consistoriales la jornada, se consideraba y procedía no solo como autoridad municipal legítima de París sino también como único gobierno de Francia, al cual había de estar sometida la misma Asamblea nacional y ante el cual los nuevos ministros (Danton desempeñaba la cartera de Justicia y Roland la del Interior) aparecían como meros secretarios o funcionarios ejecutivos. La nueva *Commune* estaba a su vez dominada por un número de fanáticos que se habían educado en la lectura del *Amigo del Pueblo*, de Marat, y que no hacían más que cumplir un deber de gratitud llevando en triunfo, en la tarde del 10 de agosto, a las Casas consistoriales al más distinguido de todos los patriotas. Marat fue quien anunció a la nación que había llegado por fin la hora de la bendecida matanza.

En un pasquin, fechado en 10 de agosto y encabezado con estas palabras: «*El Amigo del Pueblo* a los patriotas franceses (8),» declaraba, a guisa de sacerdote, que el gran día había sido muy hermoso, pero que si no se hacía lo que él aconsejaba, nada se habría conseguido. «Temed la reacción, os repito: vuestros enemigos no os perdonarán si la balanza cae de nuevo de su lado: no tengáis, pues, compasión. Estais irremisiblemente perdidos si no os apresuráis a cortar los miembros podridos de la municipalidad, del departamento, los jueces de paz antipatrióticos y los gangrenados individuos

(4) Massenbach: *Mém.*, I, pág. 103.

(5) *Tableau historique*, II, pág. 109.

(6) Acerca de las negociaciones véase Häusser, I, pág. 381, y sobre todo Sybel, I, pág. 562.

(7) *Revista alemana*, cuaderno citado, pág. 313.

(8) Insertado en Bougeart: *Marat, l'ami du peuple*, París, 1865, tomo II, págs. 34-37.

de la Asamblea nacional. ¿Por qué preocupación, en virtud de qué limitadas consideraciones deben ser perdonados?— Sabed que la Asamblea nacional es vuestro principal enemigo y que, mientras subsista, trabajará para perderos.—A nadie repugna el derramamiento de sangre más que a mí; mas para evitar que la sangre corra a torrentes, os excito a que derrameis de ella algunas gotas. Para conciliar los deberes de la humanidad con los cuidados que merece el público bienestar, os propongo que diezmeis a los miembros hostiles de la municipalidad, de la judicatura de paz, del departamento y de la Asamblea nacional. Si retrocedéis ante esta idea, no por eso dejará de correr la sangre que hoy respetáis y no habreis hecho nada por la libertad. Ante todo conservad en rehenes al rey, a su esposa y a su hijo y mostradles al pueblo cuatro veces al día, hasta que se haya pronunciado sobre ellos la sentencia definitiva. Y como solo de él depende alejar para siempre de nosotros a nuestros enemigos, decidle que si dentro de catorce días los austriacos no se encuentran a veinte millas de la frontera, para no volver jamás, caerá su cabeza a sus pies. Apoderaos también de los ex-ministros y sujetadlos con cadenas. Todos los individuos del estado mayor de París hostiles a la Revolución deben ser ejecutados y todos los oficiales antipatrióticos expulsados de los batallones. Desarmad al podrido batallón de San Roque, de Santo Tomás, de Nuestra Señora, de San Juan de Grève, de los *enfants-rouges*. Todos los ciudadanos patriotas deben ser armados y estar abundantemente provistos de municiones.»

Así decía la alocución de Marat a los asesinos de setiembre, en cuyos ánimos debía producir sangrientos frutos la semilla por aquella hoja arrojada.

Juan Pablo Marat (1) había nacido en 24 de mayo de 1743 en Boudry (principado de Neuenburg); había vivido diez años en Inglaterra como profesor de idiomas, y estado casi otros tantos, en clase de médico, al servicio del conde de Artois. Durante este tiempo publicó una multitud de escritos políticos, filosóficos y físicos que no tuvieron gran éxito (2); pero la Revolución abrió a su desconocido genio las puertas de la inmortalidad. En 8 de setiembre de 1789 anunció la publicación de un nuevo periódico que en un principio se denominó: *Le publiciste parisien* (3), pero que desde su sexto número cambió su título por el de: *L'ami du peuple*, hasta que en setiembre de 1792 se convirtió en el *Journal de la république française* (4). El editor era a la vez autor de todos los artículos. Cada día se publicaba un número, por lo menos de ocho páginas en octavo, y algunas veces dos, apareciendo además en ciertos casos folletos y pasquines, y todo salía de su pluma, que escribía sin cesar de noche y de día. Al amigo del pueblo no se le veía ni en la Asamblea, ni en el club, ni en la calle, ni en el café: gustaba poco de los pasatiempos al aire libre, y en su trato con los demás se mostraba erudito y apasionado. En su imprenta, entre la mesa de escribir y la prensa de imprimir llevaba una vida de troglodita tan oculta y envuelta en misterio que algunos de sus lectores podían creer que no existía el tal Marat y que lo que este nombre llevaba era una agrupación de escritores que sabían muy bien por qué ocultaban sus nombres a la policía. ¿Qué escribía «el amigo del pueblo»? ¿qué era lo que le proporcionaba un círculo de lectores que pronto sobrepusió al de todos sus competidores, y lo que le hizo el ídolo del vulgo, que pronto habló del «divino Marat?»

(1) Bougeart, I, pág. 1.

(2) Acerca de esta época de la vida de Marat, véanse las *Mémoires de Brissot*, pág. 174.

(3) *Mémoires de Brissot*, pág. 184.

(4) Gallois: *Histoire des journaux et des journalistes de la révolution française*, París, 1845, I, pág. 514.

El «amigo del pueblo» denunciaba a los «traidores», predicaba la muerte y el asesinato en todas sus formas, y sabía tratar este tema, de suyo tan monótono, de un modo que siempre lo hacía nuevo y agradable y nunca pesado ni repulsivo (5).

Marat se ocupaba poco ó nada en cuestiones de Constitución, de legislación, de hacienda, de política extranjera, en una palabra, en aquello que era objeto de controversia entre los hombres entendidos. Sus conocimientos sobre estos asuntos no iban mucho más allá de los que sobre el particular tenía la masa de sus lectores. Al tratar de ellos explotaba el fértil campo de las acusaciones personales, de las difamaciones, de la calumnia, de la sospecha, con una impudencia para la cual nada había sagrado y empleando un lenguaje satírico al alcance de todos. El temor de caer nuevamente en la servidumbre; el miedo de los criminales políticos al castigo que podía imponerseles y a la responsabilidad que podía exigirseles; el odio popular; la envidia de la plebe contra todo lo que era rico, bueno é ilustrado, eran los instintos que sabía despertar y excitar con diabólica inventiva. El terror supersticioso en los tiempos de revolución produce los mismos efectos que el temor a los espías y traidores en la guerra. En *El Amigo del Pueblo* leíanse diariamente noticias de conjuraciones y de complots tramados para arrebatar al pueblo el derecho y la libertad y para entregar a los patriotas a una muerte ignominiosa. Ante este peligro que amenazaba cada día y a cada hora solo había un medio de salvación: el asesinato, pero no como último derecho necesario de la desesperación sino como deber del patriotismo y de los buenos sentimientos. Todo lo que había conseguido crearse un nombre era despreciado por «negro, archinegro, podrido, gangrenado, infame, criminal y traidor,» y como tal estaba destinado a morir en la horca, en la rueda, en la guillotina, en la hoguera, ó lapidado, mutilado, asfixiado, descuartizado, etc. Con su infatigable campana funeraria pedía *El Amigo del Pueblo* hoy seiscientos, mañana diez mil, pasado mañana veinte mil y por último doscientas mil cabezas para curar al pueblo enfermo y librar de traidores el trono de la libertad.

Tal era el hombre que desde el 10 de agosto no tuvo que temer persecución, ni ataque a su imprenta, ni que refugiarse en el extranjero, como pocos meses antes había sucedido a otros para librarse de exaltados enemigos: la nueva *Commune* que le había llevado a las Casas consistoriales era si no obra de sus manos, a lo menos creación de su espíritu y tendía con inconsiderada energía a la realización de su programa.

Sin embargo, ninguna de las cuarenta y ocho secciones se había atrevido a nombrarle representante suyo en el seno de aquella corporación; y por eso se levantó en el salón de sesiones una tribuna especial para él, de manera que aun cuando no tenía de derecho voz ni voto entre los doscientos ochenta y ocho individuos del nuevo Consejo municipal, era de hecho el autor de sus más brutales acuerdos (6). A pretexto de que los realistas y los fuldenses le habían arrebatado su imprenta, consiguió de la comisión de vigilancia de la *Commune* una orden en virtud de la cual se apoderó de cuatro prensas y de gran número de caracteres tipográficos de la imprenta nacional del Louvre, realizando con esto un verdadero robo de la propiedad pública, contra el cual, aunque naturalmente sin resultado alguno, se alzó gran clamoreo en la Asamblea nacional.

El día 11 de agosto presentóse en las Casas consistoriales

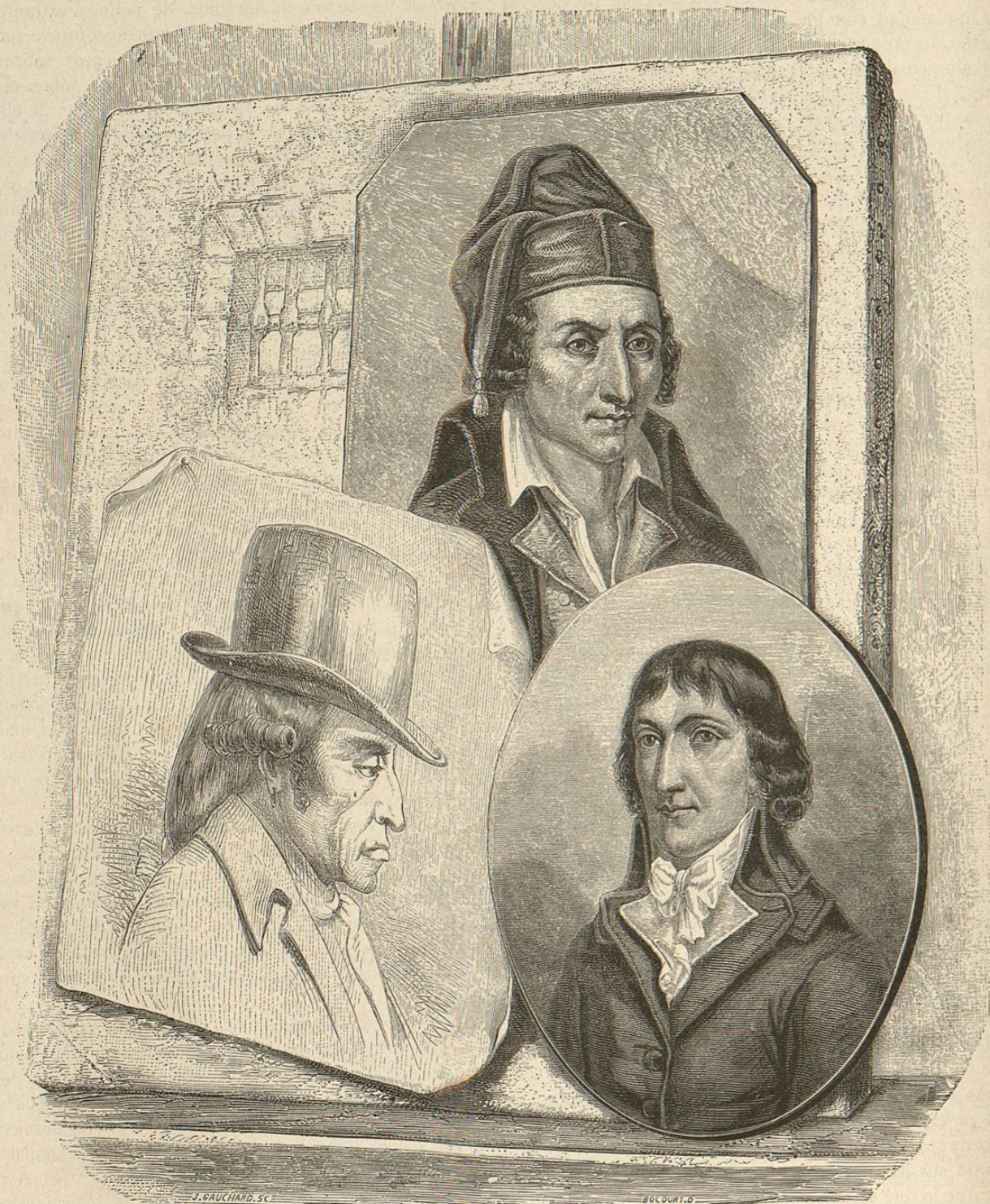
(5) Véase Michelet, II, pág. 127.

(6) Mortimer-Ternaux, III, págs. 89-90.

otro personaje que hasta entonces no se había dejado ver y á quien su olfato, que nunca le engañaba, llevó, cuando había pasado el fuego, al sitio en que se encontraba el poder, mientras otros corrían allí donde había ocurrido el tumulto. Tal fué Robespierre, que se había hecho nombrar súbita-

mente comisario de su sección (la de las *Picis*) y que tomó asiento en la omnipotente *Commune* (1) en el momento en que esta necesitaba forzosamente un orador de su respetabilidad y de sus sentimientos.

La Asamblea nacional terminó de hecho su misión con



Juan-Luis

Maillard

Billaud-Varenes

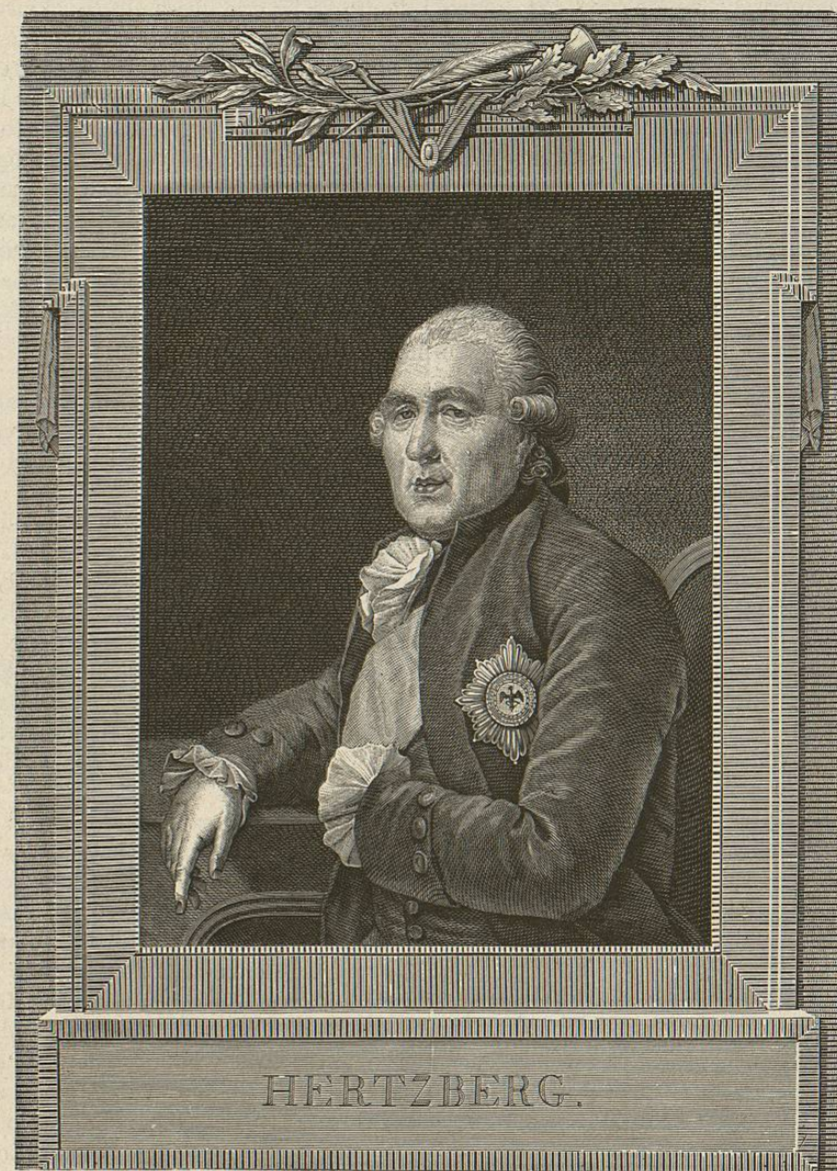
los decretos que, haciendo desaparecer la diferencia que existía entre ciudadanos activos y pasivos, señalaron el día 26 de agosto para las elecciones preparatorias de la Convención y el domingo 2 de setiembre para las elecciones de diputados. Todo cuanto acordó desde el día 11 de agosto no fueron, en parte, sino sumisiones mas ó menos veladas á las órdenes del Consejo municipal y en parte tentativas inútiles de resistencia á la dictadura de éste, cada vez mas violenta.

El mediador entre ambas corporaciones, de las cuales la una lo era todo y la otra no era nada, fué Robespierre, que como siempre renunció el cargo al cual iba unida cierta responsabilidad para no ser mas que el orador del pueblo soberano. El día 11 de agosto concedió la *Commune* á la Asamblea una asignación mensual de 850,000 francos, que, á contar

(1) Mortimer-Ternaux, III, pag. 13.

desde 1.º de enero de 1792, importaba una suma de seis millones (1). Por orden de la *Commune*, la familia real fué trasladada el día 13 de agosto al Temple, y en virtud de un acuerdo de la misma corporación que Robespierre llevó á la Asamblea y defendió desde la barra (2), se creó el «tribunal del 17 de agosto,» para perseguir á los criminales del día 10. Este tribunal comenzó á funcionar desde luego, ordenando en 21 de agosto la primera ejecución. La fuga de Lafayette (19 de agosto) (3) decidió la sumisión del ejército

y de los departamentos. Por orden de la comisión de vigilancia de la *Commune*, los sacerdotes no juramentados, á los cuales desterraba la ley de 26 de agosto, fueron presos y encarcelados mientras llegaba el momento en que pudieran ser asesinados por las masas. Por mandato de la *Commune*, los marseleses, á los cuales la Asamblea había ordenado que fueran á reunirse con el ejército nacional, permanecieron en París. Danton, que estaba al servicio de la *Commune*, consiguió de la Asamblea un acuerdo (4) en que se decretaba un



Copia del retrato hecho por F. Schroeder (1768)

registro general domiciliario con objeto de buscar armas y sospechosos, y cuya ejecución llevó el terror á toda la clase media de la capital (29 y 30 de agosto). Cuando por fin la Asamblea nacional, reuniendo todas sus fuerzas para acabar con tan intolerable tiranía, convocó á los electores de las secciones para que eligieran un Consejo municipal conforme á derecho, los amenazados por este acuerdo decidieron dejar caer la espada de los asesinatos en masa, que tenían levantada en alto hacia mucho tiempo, con el objeto de infundir terror á los electores de la Convención y al mismo tiempo de

ahogar en sangre y angustias de muerte la nueva elección de un Consejo municipal.

La infame matanza de los indefensos sacerdotes, suizos y sospechosos que llevaron á cabo los esbirros de la *Commune* en las cárceles de París, había sido desde un principio concebida, convenientemente preparada (5) y públicamente

(4) Mortimer-Ternaux, III, pag. 131.

(5) Uno de los méritos de M. A. Granier de Cassagnac es el de haber probado por vez primera en su obra: *Histoire des Girondins et des massacres de Septembre* (Paris, 1860, tomo II), por medio de una multitud de testimonios, que la matanza de setiembre de 1792 fué obra de las autoridades municipales que la decretaron oficialmente. «El escaso número de los que durante cinco días pudieron asesinar tranquilamen-

(1) Mortimer-Ternaux, III, pag. 11.

(2) Mortimer-Ternaux, III, págs. 31-32.

(3) Mortimer-Ternaux, III, pag. 64.